

Mostrar la Escuela de Tartu como escuela: más allá de Lotman y Uspenski

Desiderio Navarro, editor invitado

A la luminosa y entrañable memoria de Iuri Mijailovich Lotman. A la vieja amistad de Jüri Talvet y Peeter Torop, quienes hicieron posible mi primer encuentro vivo con Lotman, la Escuela y la hermosa Estonia.

Más allá de Lotman y Uspenski, la Escuela de Tartu cuenta entre sus miembros a un gran número de destacados investigadores. Desiderio Navarro, editor invitado, explica las razones que guiaron su selección de temas y autores para este número monográfico de Escritos, dedicado, como homenaje póstumo, a Iuri M. Lotman.

A más de treinta años de su surgimiento, la vasta producción científica de la Escuela de Tartu sigue siendo, casi en su totalidad, una *terra incognita* para la gran mayoría de los investigadores de lengua española. Aún son muy contadas las traducciones al español de sus libros y sus abundantes artículos, las cuales, por lo demás, casi siempre presentan considerables deficiencias —entre otras cosas, porque por lo regular son *traducciones de traducciones* del ruso al francés, italiano o inglés, o a causa del pobre conocimiento del ruso y/o de la teoría literaria y la semiótica por parte de los traductores. A esta limitación se suman aquellas relacionadas con la distribución y el mercado editorial, que a menudo hacen que permanezcan desconocidas o inaccesibles (física y/o económicamente) las desperas ediciones españolas de artículos y libros

de la Escuela en la América Latina, las mexicanas en España o Ecuador, y las cubanas en casi todas partes¹.

Ahora bien, los estudiosos latinoamericanos que leen inglés, francés, portugués y/o alemán no están en una situación mucho mejor, y ello por razones análogas: las traducciones, en mayor número y casi siempre realizadas de la lengua original con mayor competencia lingüística y científica, son, de todos modos, muy escasas en comparación con el corpus de la Escuela, y también de muy (o más) difícil acceso por razones de distribución y precios, así como por su dispersión en decenas de revistas, antologías y libros de múltiples países². Y es que ni siquiera los muy contados investigadores hispanoamericanos que pueden leer directamente del ruso han podido disfrutar de un privilegiado fácil acceso a la obra de la Escuela de Tartu: durante los años 60, 70 y 80, con rigor y éxito variables, la *nomenklatura* y los *apparátchiki* soviéticos se esforzaron por dificultar o imposibilitar por todos los medios el acceso a los textos de la Escuela: reducidísima tirada, circulación restringida, ausencia completa en las librerías y casi completa hasta en las salas de acceso controlado de las principales bibliotecas de la URSS, prolongados trámites para obtener el permiso de enviar textos al extranjero³...

Lamentablemente, en la difusión de las ideas y los textos de la Escuela de Tartu se ha producido una situación contradictoria: salvo

1 La extrema escasez de esas traducciones puede ser comprobada echando una ligera ojeada a la más completa bibliografía de los trabajos de/sobre la Escuela de Tartu disponibles en español, francés, inglés, italiano y portugués, realizada por el profesor Manuel Cáceres Sánchez, de la Universidad de Granada (*Discurso*, Sevilla, núm. 8, 1993). Las deficiencias que suelen mostrar tales traducciones pueden ser ilustradas con la del texto "La historia y la semiótica. La percepción del tiempo como problema semiótico", realizada del ruso por Rafael Guzmán Tirado (ibídem): *siuzhet* (trama, argumento) y *siuzhetnyi* son traducidos como *tema*, *temático*; *zerkal'nost'* (espejularidad), como *tersura*; *skazka* (cuento maravilloso folclórico), como *cuento* a secas, en general; *perezhivanie* (vivencia, Erlebnis), como *concepción*, *experimentación*, *impresión*; *oposredstvovannoe* (mediato, indirecto), como *directo*; *retor myslenno objodit mesta* (el rétor recorre mentalmente los lugares), como *el orador evita, de forma consciente, los lugares*; *prostranstvo preobrazuetia vo vremia* (el espacio se transforma en tiempo), como *el espacio se forma en el tiempo*; la divinidad hindú Iama es convertida en las Profundidades (*iama*, palabra rusa hómofona); el gran clásico Tucídides es convertido en el cuasi japonés Fukidid (calco de la fonética rusa del nombre), y así sucesivamente a todo lo largo del texto.

2 Cf. ibídem.

3 En mis múltiples viajes a la URSS, en los que llegué desde Moscú hasta Bielorrusia, Georgia y las remotas Tadzjikistán y Uzbekistán, jamás pude lograr que la Unión de Escritores de la URSS me consiguiera el permiso para una breve estancia en Tartu; sólo una vez me gestionó la visa a Estonia, y ello exclusivamente gracias a la gestión enérgica e independiente del prof. Jüri Talvet y la Unión de Escritores de Estonia, y aun así, no pude pasar más allá de Tallin.

raras excepciones, los mismos que hablan de la Escuela de Tartu como de una escuela científica — que, comoquiera que se la entienda, siempre implica la actividad de cierta *colectividad* de investigadores —, en sus artículos informativos y exegéticos o en sus recopilaciones presentan exclusivamente o casi exclusivamente las ideas y los textos de Lotman y, ocasionalmente, los de Uspenski e Ivanov. Las obras de autores como Toporov, Levin, Meletinski, Gasparov, Zalizniak, Revzin, Lekomtsev, Piatigorski, Oguibenin y Gurevich, raras veces son presentadas en traducción, y aún más raras veces son objeto de comentario, por no hablar de los trabajos de otros como Tsivian, Iampolski, Zheguin, Mints, Timenchik, Torop, Chernov, Tolstoi, Pliujanova, Meizerskii y Mäll, que ni siquiera son mencionados. Ahora bien, si queremos conocer y valorar, como diría Torop, a “la Escuela de Tartu como escuela” y al propio Lotman no sólo como personalidad científica individual, sino también como núcleo unificador de una escuela, entonces es absolutamente indispensable ir *más allá de Lotman* hacia la obra de sus colaboradores y discípulos de diversas generaciones, entre los cuales, hallamos otras fuertes individualidades científicas, como Toporov, Meletinski y Gurévich, así como valiosos textos sobre temas, problemas y enfoques que Lotman nunca abordó.

Justamente eso es lo que hicimos cuando, conscientes de lo particularmente aguda que se presenta esa contradictoria situación en el mundo hispanófono, desde las páginas de la revista *Criterios* quisimos contribuir a su superación en la medida de nuestras posibilidades, mayores después del “decenio gris” de la cultura cubana. De ahí que *Criterios*, a pesar de su norma de no publicar números regulares monográficos, sea hoy no sólo la publicación de nuestra lengua que mayor número de textos de Lotman haya dado a conocer, sino también la que mayor cantidad de autores de la Escuela haya presentado (siempre en traducción directa del ruso): desde Uspenski, Ivanov, Meletinski, Segal, Mints y Torop hasta Toporov, Levin y Chernov (los únicos textos disponibles en español de estos últimos siguen siendo hasta hoy los allí publicados)⁴. No obstante, *lo publicado por Criterios es más que insuficiente*.

4 Recientemente, el papel de *Criterios* en la difusión de los trabajos de Lotman y la Escuela de Tartu en nuestra lengua ha sido reconocido en España por el prof. Manuel Cáceres Sánchez, autor de la bibliografía antes mencionada (cf. nota 1) y de la valiosa selección de textos de/sobre Lotman y la Escuela que la acompaña. Esa labor de “la conexión cubana”, afirma allí el prof. Cáceres, “es preciso que sea destacada y elogiada, aunque los sistemas de distribución y difusión de la industria editorial, así como el

Es por ello que la invitación del Centro de Ciencias del Lenguaje de la Universidad Autónoma de Puebla, y en particular de Francisco Serrano Osorio, director de *Escritos*, a preparar, como editor y traductor, un número de la revista dedicado a la Escuela de Tartu como escuela, y no sólo — por excluyente sinécdoque — a Lotman y Uspenski, fue recibida por mí con el entusiasmo de quien va a realizar algo que considera muy necesario y útil — pero también con la satisfacción de quien va a hacer realidad un viejo proyecto pendiente, y es que, por una parte, hace más de veinte años el admirado colega y amigo Adolfo Sánchez Vázquez me pidió que le preparara una antología de la Escuela para su prestigiosa y lamentablemente desaparecida colección Teoría y Praxis en la editorial Grijalbo, encargo que no pude cumplir en aquellos años duros, y, por otra, en 1981 este mismo Centro de la UAP inició un vínculo de trabajo conmigo que sólo la crisis económica vino, poco después, a impedir que fructificara en publicaciones como la que el lector tiene ahora en sus manos.

La presente no es más que una de las muchas recopilaciones posibles de la obra de la Escuela de Tartu. Basta con echar una ojeada a los índices de la revista *Semeiotiké*, “órgano” de la Escuela dirigido por Lotman hasta su muerte, para darse cuenta de la extraordinaria variedad de disciplinas, problemáticas y enfoques que allí se dan cita: podemos encontrar desde un grupo de estudios sobre la semiótica del espejo hasta otros sobre la asimetría funcional del cerebro en relación con la creación artística y el diálogo, pasando por trabajos sobre el espacio imaginario en el cine, la estructura semántica de los mitos tlinkit sobre el cuervo, el simbolismo de la cascada o del tren, la zoofisonomía, la semiótica de la ciudad, el proceso de la traducción, la verdad en la saga, el progreso técnico como problema culturoológico, la semántica de la última sonata de Mozart, la distinción entre el entender y el comprender, la abstracción en la plástica, la estructura lógica de la parábola, y el Dharma como texto y mecanismo generador de textos, entre muchos otros igualmente diversos. De entre tantos textos posibles, hemos esco-

academicismo eurocéntrico hayan tratado de silenciarla o ignorarla”. Por su fecha de cierre, la bibliografía no incluye los siguientes textos de Lotman publicados en el núm. 30 de la revista: “Acerca de la semiosfera”, “El arte canónico como paradoja informacional”, “Literatura y mitología” (con Z. G. Mints), y “El lugar de arte cinematográfico en el mecanismo de la cultura”. El núm. 31, en prensa, incluye los siguientes artículos “Cerebro — texto — cultura — inteligencia artificial”, “La memoria a la luz de la culturología”, “El texto y la estructura del auditorio” y “Sobre el contenido y la estructura del concepto de ‘literatura artística’”.

gido algunos que abordan la literatura, la mitología, la plástica y la ciudad, por su correspondencia con la idea que nos hemos hecho del perfil temático mantenido por *Escritos*; asimismo hemos dado preferencia a aquellos trabajos de carácter teórico-general o generalizador-empírico, a fin de evitar los estudios concretos sumamente especializados que los semióticos de Tartu publican en su condición, por ejemplo, de rusistas, eslavistas, indólogos, hititólogos, etc.

Si, además de la revista *Semeiotiké*, se examinan más de cerca las otras publicaciones — artículos y libros individuales o colectivos — ligados más o menos estrechamente a la Escuela de Tartu, se observará, por una parte, una profunda evolución desde el estructuralismo tectónico de aquel primer volumen, *Investigaciones tipológico-estructurales*, de 1962, hasta la culturología dinámica de los últimos trabajos de Lotman, y, por otra, la desaparición de muchos nombres (por ejemplo, Revzin y Lekomtsev fallecieron, Zholkovski y Shcheglóv se apartaron de la Escuela y, como Segal y otros, emigraron) y la aparición de muchos nuevos nombres en el mismo período (por ejemplo, los hasta ahora no mencionados de Trofimova, Nikolaenko, Deglin, Grigorieva, Nikolaeva y Zhivov), así como la existencia de tres generaciones en la Escuela: los fundadores de principios de los 60, el grupo de jóvenes que — como Torop y Chernóv — irrumpieron a principios de los 70, y otra nueva oleada juvenil que se da a conocer colectivamente con el volumen *En honor al 70 aniversario del prof. Iu. M. Lotman* (1992). Para esta muestra hemos escogido trabajos publicados entre 1977 y 1988, esto es, siempre posteriores a los incluidos en los únicos dos libros de pretensiones antológicas que sobre la Escuela han aparecido en nuestra lengua: *Teoría y práctica del estructuralismo soviético* (Alberto Corazón, 1972) y *Semiótica de la cultura* (Cátedra, 1979). Los autores escogidos son, todos, investigadores que han tenido una larga presencia en la Escuela, y entre ellos aparece un representante de la segunda generación mencionada, Peeter Torop. Hubiéramos deseado presentar, por ejemplo, autores de la tercera generación, pero de ellos sólo contamos con trabajos de rusística sobre asuntos, autores u obras poco o nada conocidos entre nosotros. Es ahí donde ya empezaron a cruzarse los distintos intereses y exigencias: la limitación del espacio y la necesidad de artículos relativamente breves para aumentar la cantidad de autores presentados (aun así este número de *Escritos* tendrá unas 70 páginas más de texto que el anterior, por ejemplo), pero, sobre todo, la que constituyó la sobredeterminación más importante de mi trabajo de selección: una idea muy intuitiva de lo que el pasado año, durante mi visita a

Puebla, a la iglesia de Santa María de Tonantzintla, durante la lectura de diversos artículos publicados en *Escritos* y *Morphé*, me pareció que de la Escuela de Tartu podía interesar más vivamente en Puebla y tal vez en México en general. Se trataba, en su mayoría, como ahora veo y puedo formular, de textos cuyo denominador común es la presencia del pasado —sobre todo el arcaico, el mitológico— en el presente, o la memoria de la cultura en la gran *durée*.

Por último, debo explicitar una decisión tomada desde el primer momento: la de reducir al mínimo los textos informativos sobre la Escuela y excluir todo texto exegético. Considero que los metatextos exegéticos o críticos —cuando no son desorientadores, por erróneos, simplistas, etc.— son valiosos siempre y cuando no aparezcan *en lugar de* los pre-textos. De lo contrario, los primeros pasan a ser textos suplentes, suplantadores, y los segundos, meros pretextos. Y en situaciones de limitación —sea de una revista o de un plan editorial—, nada justifica que buena parte del poco espacio disponible para tantos inaccesibles artículos-*de* (Lotman, Levin,...) sea ocupado por un artículo-*acerca-de*. Lamentablemente, esa mediación que se dedica a sustituir, diferir y administrar el contacto directo con el pensador original se ha vuelto un *modus vivendi* para muchos. En contraste, autores como Todorov y la Kristeva, digan lo que digan sobre su lectura de Bajtín los bajtinólogos angloamericanos, no fueron sólo exégetas de Bajtín (o el formalismo ruso, o la Escuela de Tartu), sino también activos *promotores* de la traducción de sus obras y del conocimiento directo de las mismas. Lo mismo habría que decir, en México, de Tatiana Búbnova (con sus traducciones de libros de Bajtín) y Dietrich Rall (con su antología de la teoría alemana de la recepción). En todo caso, en esta ocasión, en los marcos de *Escritos*, estrechos para 30 años de trabajo de una prolífica escuela, hemos optado por el “grado cero” de la mediación. ¿Acaso no es ya una enorme intervención el elegir, para su traducción y edición conjunta, determinados textos de determinados autores sobre determinados temas, excluyendo otros? ¿Acaso ya con esa elección no se está predeterminando en cierta medida la recepción de la Escuela de Tartu en el mundo de habla hispana? ¿Acaso es indispensable predeterminar aún más y de manera directa esas lecturas ajenas cubriendo los textos con una lectura propia de los mismos?

Las relaciones directas de la Escuela de Tartu con la América Latina son muy escasas. Aparte de algunas breves referencias (en Ivanov y Meletinski) a las culturas precolombinas de América y a elementos de la cultura mexicana en Eisenstein, la cultura latinoamericana sólo apa-

rece como objeto de estudio de un único artículo de la Escuela: “La estructura narrativa como generador del sentido: el texto en el texto en J. L. Borges” de Iu. I. Levin (que aparecerá próximamente en *Criterios*). Por otra parte, hasta donde sé, sólo dos miembros de la Escuela han visitado nuestra América: a fin de participar en eventos científicos que tuve el honor de organizar, Iuri Lotman viajó a La Habana en enero de 1987 (I Encuentro Internacional de Criterios) — iniciando así la que, según su declaración, fue su primera estancia en “Occidente” —, y a Caracas en febrero de 1992 (Primer Encuentro Internacional de Teoría de las Artes Visuales), y Viacheslav V. Ivanov vino también a La Habana en febrero de 1989 (II Encuentro Internacional de Criterios). Agradezco profundamente a los colegas y amigos del Centro de Ciencias del Lenguaje de la UAP, y en particular a Francisco Serrano Osorio, esta oportunidad de traer nuevamente a la América Latina, en estas páginas de *Escritos*, a Lotman y a Ivanov, y, sobre todo, de invitar, yendo *más allá de Lotman*, a otros miembros de la Escuela, porque más allá de Lotman está también Lotman: está su Escuela en toda su dimensión intelectual y humana.